
COLECCION ARIEL

**CUÁNDO PROGRESAN
LOS PUEBLOS**

EN términos generales, puede afirmarse que cuando las fuerzas gobernantes de un pueblo se interesan por las cosas que interesan a sus hombres más inteligentes, ese pueblo progresa, pero cuando las fuerzas gobernantes de un pueblo cesan de interesarse por las cosas que interesan a sus hombres más inteligentes, ese pueblo decae.

Al enunciar esta proposición no hago más que repetir la tesis platónica de que los guardianes de un pueblo deben ser al mismo tiempo filósofos y guerreros, es decir, deben unir para el servicio público la razón y la fuerza. De poco sirve a un pueblo la posesión de intelectuales si no les hace caso. Y los pueblos no hacen caso de los intelectuales sino cuando las fuerzas gobernantes ponen su fuerza a su servicio y se establece en alguna forma la unión de la inteligencia y de la fuerza.

Yo no creo que la grandeza de la civilización helénica se deba meramente a haber producido las ciudades griegas las cabezas más claras de la antigüedad. Creo que esas cabezas habrían sido estériles de no haberse contado entre los discípulos de los sofistas, de Platón y de Aristóteles, los hombres de más influencia de la Hélade, desde Pericles y Fenofonte hasta Alejandro el Magno. Florencia no fué grande por haber sido la cuna de los hombres en que personificamos el Renacimiento. Florencia fué grande porque éstos hallaron el apoyo de los hombres más influyentes, tanto del popolo grasso como del popolo minuto, porque todos quisieron que fuese grande.

Ya sé que esta tesis favorable a la unión de la inteligencia y de la fuerza ha encontrado en Inglaterra sus mayores impugnadores.

Henry Tomas Buckle, por ejemplo, escribió su "Historia de la civilización en Inglaterra" con la pretensión de demostrar que a la inteligencia no le convenia la protección de los Gobiernos, sino únicamente que se la dejara en libertad. Buckle sostiene que la literatura inglesa ha sido tan pujante porque nadie se ha cuidado de protegerla. "Guillermo de Orange era extraño a ella.

La reina Ana no se interesó en ella; Forge I no hablaba inglés; Forge II lo hablaba mal."

Y es verdad que los monarcas ingleses de los siglos XVIII y XIX no se han interesado gran cosa por las cosas del espíritu, pero en cambio la historia de Inglaterra ofrece el ejemplo, único en el mundo, de que todos sus reyes fueron durante dos siglos, el XVI y XVII, hombres de excepcional cultura y, por lo tanto, protectores de las ciencias y de las letras. Lo fué Enrique VII; Enrique VIII, cuyo advenimiento al trono fué saludado por Erasmo como el triunfo del Renacimiento, poseía una cultura muy superior a la de sus grandes rivales Francisco de Francia y Carlos V de Alemania y I de España; la reina Isabel leía el griego, el latín, el francés y el alemán; Diego I fué un sabio cumplido; Carlos I un teólogo; Carlos II un químico y fundador de la Royal Society.

Cuando los reyes ingleses dejaron de ser hombres de estudio, los nobles siguieron siéndolo, por impulso adquirido, hasta mediados del siglo XIX.

Es sólo ahora cuando se advierte desvío entre las clases gobernantes de Inglaterra respecto de la cultura desinteresada y cuando se desconfía de Lord Haldame, porque es

un conocedor de la filosofía alemana, y de Balfour y de Lord Rosebery, porque son intelectuales, y cuando Balfour es sustituido en la jefatura de los conservadores, por Bonar Law, el tipo del hombre de negocios, y cuando los liberales reemplazan la tradición cultural que encarnaba en Gladstone por la influencia de Lloyd-George, que tiene la inteligencia media del hombre de la calle.

Ello quiere decir que Inglaterra ha estado atravesando una mala época, de la que saldrá curada gracias a las costosas lecciones de la guerra. Pero el principio general queda en pie. Los pueblos progresan cuando producen hombres inteligentes y los amparan con la fuerza gobernannte. Y si no, no.

RAMIRO DE MAETZU.

LA BUENA MENTIRA

APENAS si cuentas tres años y ya tu actitud es seria y retraida.

¡ Oh, el vivo recuerdo, hijo mío, del día en que dijiste la primera mentira! Todo está aun, en mí, presente: una nube quieta y redonda brilla en el cielo y las hojas no cesan de caer.

Sólo proferías balbuceos, pero ellos te bastaban para mentir. Admirado e inmóvil quedé. Mi corazón, lleno de orgullo, acariciaba a tu mentira como un día mis manos acariciarán a tus hijos. ¿ Es posible? me repetía. Y mi entusiasmo enternecido se llenaba de lágrimas.

Nos parece que nuestros hijos, que acaban de nacer, van a morir; tan frágiles son y, sin embargo, viven y sonríen satisfechos. Comprendemos, entonces, que nuestro orgullo no debiera ser; porque ¿ qué parte inteligente nos debe el milagro que nuestros hijos ofrecen? Les proporcionamos abrigo, y ellos se sosiegan y duermen. Les damos alimento, y lo hacen carne y espíritu. Y un día, día de regocijo, hablan; y otro día, día de meditación, mienten.

Como el temor no engendró tu primera mentira, pasé de la duda al augurio. Hace un instante se ha confirmado ese augurio.

Estábamos a la hora del atardecer, en el jardín, al lado de la fuente. Llegaban brisas y vuelos de campanas. El agua rizada hacía danzar el reflejo del brillo naciente de la luna, y la tierra, húmeda por el riego, perfumaba el aire como no lo haría ninguna flor. En un comienzo, no puse atención; pero luego me senté en el brocal dispuesto a escucharte. La historia que referías era una historia completa.

La casa que habitamos y que construyó el abuelo, tus brazos la habían levantado. La fuente, donde nadaba el pez de plata de la luna, tus manos la hicieron. Las flores y los árboles se debían a ti.

—“Trabajé mucho, mucho”, me decías.

Pero al leer en mi rostro la incomprensión, tu voz se hizo temblorosa y tus ojos se llenaron de tristeza y de reproche.

Me huiste, pero te alcancé; batallabas por no levantar la cabeza; pero mis caricias imploraban tu perdón. Tu alma, aun herida por mi ingratitude, quería escapar.

—“Sí, hijo mío, sí; tú lo hiciste todo”—exclamé por fin.

—“Sí—afirmaste—yo hice la casa, la fuente y las flores.”

Y tu voz, trémula por la emoción, estaba llena de verdad.

LAS MALEZAS

TODO el año, de un invierno a otro invierno, las malezas luchan desesperadamente. Cuando en la tierra morena, cavada, cernida y limpia, no se distingue ni una hebra de pasto arrancado, jardineros, no creais haber vencido a las malezas. A ellas no les bastan vuestros cuadros, aparecen en los senderos. Son vagabundas, viven a la orilla de las aguas corrientes. Entre las piedras de las calles, en los muros de las casas, en las concavidades de las rocas, sobre los troncos podridos, y en el agua que se detiene, viven su batalla con resolución y porfía. Son las primeras yerbas que se enseñorean de una ruina, y las primeras flores que se abren sobre una tumba. Son modestas de tamaño, pero fuertes y resistentes a la helada y la sequía. Tienen flores tan pequeñas que algunas, como las flores del mastuerzo, no son capaces de contener una gota de rocío; pero los niños que llevan los ojos más cerca de la tierra, las prefieren, y ufanos, forman con ellas gruesos ramilletes. Porque son insignificantes nadie repara en la forma y color de sus pétalos y de sus hojas, y son mil veces más variadas que las flores de los jardines más soberbios. Sus semillas finas y abundantes, como nada esperan del hombre que las odia y las persigue, han aprendido a navegar sobre el agua, a volar en el viento, a trepar sobre los animales, a valerse de los pájaros y de los insectos.

¿Qué desean? ¿Por qué tanta tenacidad? ¡Ah! mis amigos jardineros! todas las plantas han sido un tiempo maleza despreciable. Mas, a unas primero, a otras después, se les ha tocado con la curiosidad, el cultivo y la selección, algo así como un resorte oculto, y las yerbas vulgares comenzaron a dar hojas más grandes, flores más hermosas, frutos más dulces.

Empero, tan pronto como esto aconteció, su tenacidad se hizo menor, sus semillas menos abundantes y menos hábiles; el sol se tornó temible; el agua fué más necesaria, y toda su vida se trocó en perezosa y falta de voluntad, aunque cien veces más llena de gracia y esplendidez.

¿Era esto lo que buscaba su energía de antaño? Es posible, porque ahora reposan y sonríen como ante un bien alcanzado.

Transeunte; no miréis con desprecio a un viejo jardín si lo inunda la maleza, porque cada una de ellas posee un resorte oculto que puede convertir su existencia en algo más útil y más bello.

Reparad en que el cielo es el aliado de todas las malezas.

Nunca podrás conseguir que la lluvia humedezca sólo las semillas que has sembrado; millones de otras ocultas aprovecharán sus aguas.

Cundo tú riegas ¿no sientes un goce mayor que cuando siembras? Tú no lo sabes, pero yo lo adivino: tu goce proviene de que el riego es más justo y sabio que la siembra; él ampara tanta otra fuerza en acción, tanto deseo irrealizado, tantas cosas que aguardan y que hacen que siempre en el mundo, palpите una nueva esperanza!

PEDRO PRADO

(Del volumen *Los pájaros errantes.*)

NOËL LANGLOIS

Episodio de la guerra de las naciones

EN el ángulo de la sala municipal de una pequeña ciudad de Burgandía, tenía lugar una de esas escenas de la guerra, que la hace casi la bienvenida. Llegan los pueblos como los individuos a un estado de postración moral, que sólo un cataclismo es capaz de encenderlos en el entusiasmo de la virtud. A algunas naciones las vence la molición; a otras el orgullo, pero a todos los individuos que la componen, una fuerza moral superior los domina, si dejan obrar sobre su ánimo el espíritu de Cristo.

Atacado ya del delirio de los moribundos, yacía un joven de 18 años, pronto a dar su vida por una causa simpática y grande.

Hacía dos semanas que vibrante y nervioso, habíase despedido de su anciana madre, con esa alegría irónica y bulliciosa, tan propia de los franceses. Se hacía notar Noël Langlois, por su aspecto sano, valiente y robusto y por ese divino candor en los ojos que transfigura a los atletas victoriosos de la Hélade. Tenía el aire de un niño festivo. Conversaba sin ce-

sar, acaso para distraer el ánimo candoroso y sensible, de la tristeza del partir. Le rodeaban siempre sus camaradas para reirse de sus gracias sobre el enemigo. Había dibujado, en efecto, una deforme cabeza del Emperador con mostachos enhiestos, y escrito debajo, con ortografía chulesca: "Anda puerco (Sale), te traeremos preso".

Actitud bien distinta era la de su buena madre: no podía contener sus lágrimas. Con esa penetración incomparable de la maternidad y del sufrimiento, presentía la muerte no lejana de su hijo. Le contemplaba en su belleza física, en su salud; veíale en todos los risueños y encantadores momentos de la infancia.

Sin duda alguna, para mitigar el dolor de la anciana, mostrábase él, fuerte de corazón, alegre y sonriente.

Llegó el momento de partir el tren de movilización, y la pobre mujer no quería desprenderse de aquel tesoro de esperanzas, fruto de su vida....

Y Noël, le decía, fingiendo estar alegre:—"Véte mamá, adiós; es necesario que me deses ir, cálmate".—Y haciendo un esfuerzo para borrar toda ternura, le dijo sonriente:—"Ah! me olvidaba, ¿qué te traigo, qué quieres de Berlín?"

—"Tú persona, hijo mío,"—gritó ella desesperada.

Entre los vítores del Ejército a Francia y a Juana de Arco, se ahogaron los sollozos de

las madres, de las esposas o prometidas y de las hijas.

Dos semanas después de este acto, mitad alegre y mitad triste, tuvo lugar otro, doloroso tan sólo. Había circulado la noticia de que un tren de heridos llegaría sin tardanza a la ciudad.

Mucho antes de la hora señalada, la Estación ofrecía el cuadro angustioso de las esperas trágicas. La madre del pequeño Noël se encontraba entre los asistentes, en primera línea. Miraba con ansiedad única, el sitio de donde procedía el convoy. Fué la primera de cuyo pecho se escapó un gemido: "Hélos aquí."

Como para distraer la emoción, una algarabía estruendosa se hizo sentir: "Viva el Ejército! ¡Viva Francia!"

Asomaban por las portezuelas los heridos, haciendo señas con la vista, ora con la mano, ya con la cabeza vendada. ¡Qué ola de emociones y sentimientos agitaba a la muchedumbre, envuelta en la tempestad de la guerra más grande y cruenta que ha surgido sobre la faz de la tierra!

Nuestra madre, ahogada aún por la emoción, miraba el convoy y hacia el interior de los vagones; y se escuchó de improviso el grito desgarrador de un alma herida:

— "¡Hijo mío!" — Y una mujer se lanzó sobre una camilla de enfermo. Apenas si la pobre reconocía en el herido moribundo, al joven ru-

bio, de vivos ojos azules, quien había sido el fruto de su vida y mira de sus esperanzas....

—“Dejadle tranquilo, señora, se le va a llevar al hospital 63; usted podrá verlo allí;” —dijole uno de los oficiales de la ambulancia.

Nada oía la infeliz madre:—“Noël, hijo de mi corazón; Noël, ¿qué han hecho de ti?”

—“¡Ah!—gimió ella de una manera que hacía llorar a los que la escuchaban:—En qué estado me devuelven a mi hijo.”

En este momento, Noël tenía más que nunca el aspecto de un niño; sus dulces ojos ingenuos, parecían implorar a la ciencia su curación.

Recordaba su visaje sin surco de malsanas pasiones, al joven de Boetas, en el acto de adorar con su intelecto el Principio del Universo.

Horror causó al enfermero la herida inhumana que, en la pierna del mancebo, produjo el implacable obús germano.

Se trataba de una herida gravísima. Otro pobre herido que se hallaba cerca, exclamó:—“¡Ah!, la lucha es cruenta esta vez.”

En el transcurso de los días subsiguientes, bajo la poderosa influencia del ambiente y los cuidados de la madre, el herido parecía revivir. Mas está escrito: aquellos a quienes los dioses aman, mueren en la flor de su vida.

Noël se empeñaba con el impulso encantador de los primeros años, en vivir mucho.

Su actitud anterior era semejante a aquella

del bello Sófocles adolescente, que imploraba con divino candor a Atenas para que no le dejase morir antes de haber conocido el fruto del amor. El semblante de Noël adquiría su aspecto habitual, al referir los episodios de la guerra:—“El enemigo es blando como un higo,—decía en síntesis pintoresca y viril;—sólo tiene un poco de valor cuando está en grandes masas y empujado por los oficiales. ¡Ah! cómo les temen a estos últimos. ¡Cuán cierto es que sus oficiales no son como los nuestros! Nuestro oficial, créamelo, era como un hermano para nosotros.”

Y mientras que ésto decía, lloraba el héroe, sin el menor asomo de vergüenza.

En efecto, ese oficial había muerto en Saint-Dié. Había sido, justamente, por el noble deseo de salvarle, como Noël había sido herido. Bajo la metralla devastadora, había recogido él mismo al superior ya moribundo, y continuó de tal suerte dirigiendo la retirada de su pelotón.

No sin grandes dificultades llegaron a una ambulancia y allí supo lo vano de su noble sacrificio: él teniente había muerto.

—“Pero en fin, he salvado en todo caso su cadáver del enemigo, pues hasta con los cadáveres se ensañan.”

Por la noble acción anterior que debía costarle la vida, el herido recibió su premio: una medalla militar; por ésto, regocijado, le decía a su madre: “¡Cuán orgullosa estarás tú, ma-

má, de pasearte por la villa, de brazo dun condecorado!"

No estaba ella para chanzas, y contestóle: "Hubiese sido más de mi agrado, que tú hubieses venido tal como te fuiste."

Noël, a pesar de su madre y de sus dolores físicos, sólo pensaba regresar al campo de la lucha. Lo poseía la fiebre de la defensa nacional que transfigura a los hombres y los hace héroes.

¿Cómo no enamorarse de la Patria, cuando una horda enemiga busca destruir la dulce y artística fisonomía del jardín de Europa?

¿Cómo no sentirse grande y heroico, cual Vencingetorix, cual la pastora de Nanterre, cual Juana de Arco, cual los bravos y fieros soldados de 1789, cual los portadores vigorosos de las Aguilas del Corso?

Un amor contagioso como el entusiasmo, se había levantado tal como un incendio inextinguible, por la tierra francesa, por sus monumentos, por sus hogares y por sus glorias. Noël era uno de tantos de ese batallón que llevaba la patria en alas de la victoria, costosa, pero segura.

Con frecuencia preguntaba al facultativo cuándo le darían de alta, para volver al campamento.

"En Saint-Dié—decía—teníamos sobre nuestras cabezas los obuses del enemigo. ¡Cómo caían los valientes; cómo hacían claros entre nosotros! Pues, bien, no nos deteníamos."

Al ser interrogado sobre el efecto que causaba la metralla, respondía: "Son temibles las primeras detonaciones; producen un sonido silbante; las balas no son nada a su lado, y luego, uno se habitúa muy pronto a ese ruido infernal. Vean ustedes,—y sus ojos brillaban como ascuas al decirlo—cuando uno está allí, se duplican las fuerzas, no se siente ni el cansancio ni el sufrimiento, y sólo aspiramos avanzar...."

La última esperanza de una madre buena, estaba como ella misma lo había sentido, perdida, sin remedio. Una hemorragia repentina vino a cortar toda idea de salvación.

Noël mismo, el hombre niño, de rubias gudejas y azules ojos, sintió la proximidad del fin. Pidió a su madre el auxilio de un sacerdote.

Sus palabras revelaban esa claridad mental, esa nitidez en el decir, y esa sencillez de pensamiento, que hacen pensar en Atenas, siempre que se nombra a Francia la gloriosa.

—“Por que ves, mamá, si he de partir para el más allá, mejor hacerlo libre de toda culpa, limpio de alma y de corazón.”

Fué improvisado un altar, mientras la enfermera traía el clérigo.

Y se le oyó decir a Noël: “Procurad consolarla, prometédmelo, señor cura; esto será un golpe fatal para la pobre viejecita.”

Después de absuelto nuestro héroe, empezó la ceremonia de la extremaunción, cuyo ca-

rácter simbólico nos lleva fácilmente a los tiempos de oro del cristianismo de las catacumbas.

El cura que forma la piadosa ofrenda del último auxilio, había transportado al moribundo y a quienes allí lo asistían, a las impalpables regiones del pensamiento.

Ya no se trata de un héroe, sino de un místico, de un mártir....

Sufrir la pena de morir por sostener la civilización más amplia y próspera del mundo, ¿no era acaso el más sublime de los martirios?

Cuando el sacerdote le santiguaba el pecho con el óleo Sagrado, él pronunció, interrumpiendo el bishiceo del rito: "Me sentía orgulloso de que el coronel me hubiese dado la Cruz de Honor. Ahora ella tiene la de Nuestro Señor Jesucristo. Es aun mejor y es infalible que ella, madre, te sea tu consuelo en la tierra"....

Y dirigiéndose al practicante, hablóle así: "Dígale a los otros, a los que temen, que no es difícil el morir."

—"Sí—respondió una voz,—cuando se tiene valor."

—"No—replicó el héroe, cuando se muere por Dios y por la Patria."

Esta lucidez mental no subsistió por mucho tiempo; comenzó el delirio y con voz profunda, gritaba:

—"¡Por el flanco derecho, marchen!...¡Avancen!.... No.... Parad el fuego!...."

Mientras el capellán rezaba la oración de los agonizantes, decía:

“Idos, alma cristiana”. Tuvo un último arranque de vitalidad y aulló: “Viva Francia. Viva...”

Una bocanada de sangre le empurpuró los labios. La cara apareció otra vez jocunda, sonriente e infantil....

Había muerto....

Sin lágrimas, petrificada en su dolor, por un fin tan elevado, la madre bajó los párpados del hijo; éste recuerdo sería un talismán para la desesperación. Había sido ella origen de este sacrificio, del cual sabía la Francia, que se decía enferma y lujuriosa, una cosa eterna y ejemplar para todos los pueblos.

ALBERTO NIN-FRIAS

Caracas—1915.

(*El Cojo Ilustrado*. Caracas.)

ANTI--DEMO

GONZÁLEZ. — ¿Cómo llamaremos al folk lore?
¿Demopedía? ¿Demosofía?

RODRÍGUEZ. — Estoy por contestar con el *Gil Blas*: “No estamos conformes...” con que después de la lata de la rosaleta, sobrevenga la de la Demo-pedía, Demosofía o Demo cualquier otra cosa.

GONZÁLEZ. — ¿Y qué hacemos entonces con el *folk lore*? ¿Cómo llamarle en castellano, o siquiera en griego, para mayor claridad?

RODRÍGUEZ. — ¿No será lo más sencillo seguirle llamando, como se llama, como se ha llamado hasta ahora? Tiene la modesta ventaja de entenderse. Si usted se decide por *demopedía* o por *demosofía*, será bueno que ponga usted una nota explicativa al pie cuando lo escriba, porque estas palabras son desconocidas, mucho más forasteras entre nosotros que el *folk lore*, que, al menos, hace algún tiempo vive entre nosotros y sabemos lo que quiere decir.

GONZÁLEZ. — ¿Y la pureza del lenguaje?

RODRÍGUEZ. — ¿La pureza, con añadidos griegos, de falsificación erudita? — ¿cómo no, tratándose

del griego? — Permítame usted que me ría. Los eruditos y los *casticistas*, en su afán de mondar y pulir y acicalar al lenguaje, acabarían por convertirle en un Don Líquido, vestido a la moda del año de la Nanita, que a cada paso sacaría sus pergaminos para recordarnos el abolengo. ¡Qué divertido! ¿Verdad? Nuestros amenos casticistas, tan apegados a lo tradicional, tan conservadores al parecer, son unos revolucionarios de mil demonios, sin saberlo...

GONZÁLEZ. — Como les pasa tantas veces a los *ultras*, a los ultra conservadores, á los ultra tradicionalistas. La mitad de las revoluciones no hubieran existido sin ellos. ¡Y los revolucionarios de la acera de enfrente, que no se lo agradecen!

RODRÍGUEZ. — Digo que son unos revolucionarios porque quieren destronar, o tratar como a un rey de palo, al verdadero Gobernador y Príncipe de las lenguas y al uso. Nuestro ingenioso Mariano de Cavia * se está portando con el uso como el doctor Pedro Recio de Tirteafuera con Sancho en su ínsula. Apenas aparece un vocablo sobre el tapete o sobre el mantel, el doctor Recio le mira despacio, le toca con la varita y dice: "Este no, que es *gabacho*. — Entonces ¿aquél? — Mucho menos, que es inglés." El uso tiene algo de Sancho. Pero ya verá usted como no le echan de la ínsula ni el

* Es quien ha propuesto hace poco la palabra *demopedia* en vez de la internacionalmente aceptada expresión inglesa *folk lore*.

doctor Recio, ni todas las revoluciones que allí se armen. Si el uso se fuera, se acabaría hasta la ínsula. El idioma no sería tal idioma viviente sino un volapuck de eruditos.

GONZALEZ. — Pero, entendámonos, el uso, ¿quién es? El uso, digno de respeto, es el uso de los buenos escritores, el uso de los cultos. Así lo dicen las gramáticas.

RODRÍGUEZ. — Es el que menos influye. Jamás los buenos escritores han echo las lenguas. Han sacado el mayor partido posible de ellas; han puesto de relieve sus bellezas, las han vestido bien, si usted quiere, pero no las han hecho. El uso padre es el uso de todos. Las lenguas son hijas del pueblo. Lo popular supera en ellas inmensamente a lo erudito. A las gramáticas y a las retóricas les siguen las lenguas, porque adoptan aquéllas el prudente consejo de Quevedo: Para que le sigan a uno las mujeres, ir delante de ellas. Todo lo que los sabios o los pedantes hacen, inventando, desenterrando, o enmendando palabras, no es ley, sino propuesta o memorial dirigido al uso, que es quien manda, quien admite o rechaza esas proposiciones. Cejador ha escrito algunas páginas briosas, profundas y verdaderas en su *Historia de la lengua y Literatura castellanas*, acerca del predominio de lo popular sobre lo culto. Las lenguas son democracia pura, donde las falsificaciones no prevalecen si no son

del gusto de la multitud, y entonces dejan de ser falsificaciones.

GONZÁLEZ. — Conforme. Pero a título de propuesta o de memorial, ¿por qué no hemos de admitir la demopedía o la demosofía? Ya que no castellanizamos del todo el *folk lore*, démosle, al menos, un aire de intimidad, un aire de familia.

RODRÍGUEZ. — ¿Aire de familia?

GONZÁLEZ. — Sí. ¿No es el latín el padre del castellano, y el eúskaro la madre, como dice Cejador, con una feliz imagen? Pues, el griego, digo yo que será su tío.

RODRÍGUEZ. — Pero es un tío poco conocido en la familia.

GONZÁLEZ. — Lo entenderán los folk-loristas...

RODRÍGUEZ. — Basta, puesto que son los que lo usan.

Es un criterio *xenófobo*, de *boxers*, que ya va perdiendo partidarios hasta en la China.

GONZÁLEZ. — ¡*Xenófobos!*... ¡Qué invasión de vocablos bárbaros! ¿Cómo se dirá eso en castellano?

RODRÍGUEZ. — ¡Por Dios! ¡No empecemos también nosotros! Ya nos lo dirán los aficionados a este género de *eutrapelia*.

GONZÁLEZ. — ¿*Eutrapelia*? quede usted con Dios.

ANDRENIO

SOL CAMPESTRE

EL sol es muy distinto, según se le contemple
Con humedad de lágrimas o con brillos de temple:
El no tiene conceptos de moral ni de ciencia
Y lo mismo perfuma la flor y la conciencia.

Para el sol es la vida la razón soberana
De existir, y lo mismo colora la manzana
Que el racimo y el labio y la nube teñida
Con el áureo reflejo de su hornaza encendida.

Los clásicos le pintan sobre caballos blancos
Hiriéndoles con flechas mortíferas los flancos;
¡No saben! No conocen que hasta del pobre burro
Endulza la existencia su aurífero susurro.

No es el raptor de diosas etéreas y livianas,
Sino el humilde obrero de las vidas lozanas,
Es el que pone al gallo en la cresta frutillas
Y dora de las mozas las duras pantorrillas.

Es el amable viejo de los agricultores
Que no lo han infamado con místicos errores;
Para ellos no es el Júpiter tonante, ni el tirano
Que usa a nuestro planeta como circo romano.

Buen jardinero justo, a la brizna y la viga
Les da el mismo cuidado que a la flor y a la hormiga,

Y su colmena de oro la misma canción usa
Para invisible insecto o para ilustre musa.

Es el íntimo amigo cuya vista de lampo
Filtra por las rendijas de la casa de campo,
Que enciende la mirada de perros y corceles
Y luego cabrillea festivo en los manteles.

Los labradores dicen que al dormir sobre el heno
Perciben el aroma de ese patriarca bueno,
Y que al hundir la horquilla en las doradas parvas
Le peinan y acarician las rubicundas barbas.

Todo lo transfigura su rayo de alegrías:
De los insectos hace fugaces pedrerías,
En diamantes convierte las hojas de las hachas
Y en red de oro los risos de las rubias muchachas.

El sol de las campiñas es un buen compañero
Que al despuntar el alba despierta al gallinero,
Que en la espumosa leche riega sus iris finos
Y vuelca en sus cristales las perlas de sus trinos.

Con cepillo de plata limpia los naturales
Rasos de los ganados que llenan los corrales,
Y hecho llovizna de oro da grano a las gallinas
Y les hincha las crestas con ansias purpurinas.

El hilo de su plata con que la vida enhebra
Titila en las miradas del hombre y la culebra
Y es el mismo que ondula en el agua y el aire
Y es ritmo en las canciones y en la mujer donaire.

El vapor de los surcos y del robusto pecho
Sube al sol en un vaho inconsútil deshecho,
Para tornarse en esos celajes con fragancia
A rosal escondido y a mejillas de infancia.

No hay metal donde el juego de su luz no desate,
Ni charco en que los cielos azules no retrate,
Y hasta las bocas besa chispeando en las bombillas
De los mates que apuran los peones en cuclillas.

Para él la tierra vibra y se da el embeleso
De pedirle en el cáliz de cada flor un beso,
O de hacer que en cada árbol un abrazo le suba
Y cada ansia destile su humedad en la uva.

Por él hierven los mostos y estallan las botellas,
Por él gimen sin causa las pálidas doncellas,
Por él son ignorantes en el amor los sabios,
Por él se muerde el joven la grana de los labios.

Cuando lento tras lomas azuladas se pierde,
Dibuja sobre el fondo de la pradera verde
Siluetas de labriegos cuyas blancas camisas
Agigantan los bustos henchidos por las brisas.

Se oculta en sus alcobas: la noche y la penumbra,
Cuando al hondo misterio de la semilla alumbrá;
Y así plasma y cincela la pujanza del toro
Como pinta ramajes y pájaros de oro.

En noches de intemperie y de desolaciones,
Cuando las almas tiemblan y crujen los tizones,

Despierta entre los troncos donde moraba ciego,
Y al despertar respira ramilletes de fuego.

Entonces al viajero nostálgico le invita
A ver en cada brasa una boca bendita,
Y a mirar en los rizos undosos de la llama
La suelta cabellera de la distante dama.

Para toda existencia ya cargada de angustias
Por las trémulas sombras de las ciudades mustias
No hay como el sol que torna las ásperas herrumbres
En los bruñidos bronces de solitarias cumbres.

Hasta para arroparnos con nieblas vaporosas
El sol nos las perfuma con sus lejanas rosas,
Diciéndonos que todo, hasta las horas grises
Son humo de su fuego, vapor de sus matices.

EDUARDO TALERO

La Zagala, 1914

Nosotros. Buenos Aires.)

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO

EL PERFECTO PESCADOR DE CAÑA

(DESPUÉS DE LEER A WALTON.)

En uno de mis poetas favoritos, el dulcísimo Wordsworth, leí hace ya tiempo un soneto, que lleva este título: *Escrito en una hoja en blanco de "El perfecto pescador de caña"*. El soneto, traducido del inglés a la letra, dice así:

"Mientras se presten los corrientes ríos a un inocente deporte, vivirá el nombre de Walton; sabio benigno, cuya pluma, al esclarecernos los misterios de la caña y el torzal, nos exhortó, no sin fruto, a escuchar reverentemente cada revelación que la naturaleza pronuncie desde su rural santuario. Dulce, noblemente versado en sencilla disciplina, el más largo día de verano le resultó demasiado corto para su favorito entretenimiento, disfrutado junto al espadañoso Lee o al pie de los tentadores laberintos del arroyo de Shawford. Más hermosos que la vida misma, en este dulce libro, los macizos de primaveras y el sombroso sauce, y los frescos prados; donde fluía de cada rincón de su henchido seno, alegre piedad".

Al leer en Wordsworth tales palabras—y palabras rimadas—como ofrenda de gratitud por el bien espiritual recibido de la lectura de un libro, y que este libro se intitulase *El perfecto pescador de caña*, lo primero que se me ocurrió fué coger mis cuartillas de *Legenda aut acquirenda* e inscribir en ellas el nombre del autor: Walton, y el de su obra: *The compleat Angler*, esto es *El perfecto pescador de caña*.

Y debo aquí hacer constar que en mi vida he pescado a la caña, ignorando, por consiguiente, si es deporte que me haya de gustar o no, aunque sí gusto, cuando voy en mis paseos siguiendo las apacibles orillas del Tormes, de detenerme junto a los que en ella pescan a la caña, aun a riesgo de distraerlos y que pierdan de vista al corcho, y gusto aún más de los macizos de primaveras, de los sombreros sauces y de las frescas riberas. Tomé, pues, nota del dulce libro —*sweet book* lo llama Wordsworth—del pescador Walton, y esperé, ya que es la paciencia la virtud no sólo de los pescadores de caña, sino de todos los que, fija la vista en uno u otro corcho flotante, aguardamos a que algún regalo pique.

Con el correr de las horas, los días y los años fuí olvidando a Walton, y habríase quedado allá, perdido su nombre entre los muchos que figuran en las cuartillas donde asiento lo que me propongo leer o comprar, si la providencia divina no me hubiese depara-

do a un joven estudiante inglés, Mr. Royall Tyler, que parece vino de su patria a esta dorada Salamanca en que vivo y donde corre el Tormes, a traerme no pocas nuevas y obsequios del espíritu, y entre ellos al conocimiento de *El perfecto pescador de caña* de Isaac Walton.

Por éste mi nuevo amigo, el estudiante inglés, pude enterarme de que es la obra de Walton estimada como clásica en Inglaterra, y que, como sucede con lo más de lo clásico, se habla de ella mucho más que se la lee. Mi amigo la ha leído y releído y vuelto a leer, y se la sabe poco menos que de memoria. Le atrae a ella, entre otras cosas, la especialísima pureza y dulzura del lenguaje en que está escrita. Me prestó el librito—de una edición muy linda, por cierto,—y pude, al fin, leerlo.

Isaac Walton nació en 1593 y murió en 1683, según reza la portada del ejemplar que he leído de su *Perfecto pescador de caña*, añadiéndose en ella que publicó su obra por primera vez en 1653, siguiéndose otras cuatro ediciones, en 1655, 1661, 1668 y 1676, durante la vida del autor. Después se han seguido muchas más. La primera edición, la de 1653, se titulaba "*The compleat Angler or the Contemplative Man's Recreation. Being a discourse of Fish and Fishing Not unworthy the perusal of most Anglers. Simon Peter said, I go a'fishing; and they said, We also will go with thee. John 21.3—*

London, Printed by T. Maxey for Rich. Marriot, in! S. Dunstans Church-yard, Fleetstreet, 1653". O lo que es lo mismo: "El perfecto pescador de caña o el Recreo del hombre contemplativo. Discurso sobre los peces y la pesca, no indigno de que lo lean los más de los pescadores de caña. Díceles Simón Pedro: A pescar voy; y ellos le dijeron: También nosotros vamos contigo. Juan 21. 3. Londres. Impreso por T. Maxey para Ric. Marriot en Dunstans Church-yard, Fleetstreet, 1653".

Ya en la portada misma de su obra, en su título, introdujo el religioso y dulce Walton una sentencia evangélica, y sentencia tan significativa como la de: "¡A pescar voy! También nosotros vamos contigo." Se mete uno luego por las apacibles y tranquilas páginas del librito, y ¡qué calma tan sedante, qué reposo se exhala de ellas! Lástima que lo haya leído en este invierno Febrero sin esperar a hacerlo en la ya bien entrada primavera, o en el verano, a la sombra de un sauce o de un negrillo, y a la orilla del Tormes.

Walton discurre acerca del arte de pescar a la caña—*angling*—en diálogos que supone duran cinco días, diálogos en que los dos principales interlocutores son el maestro, Piscator, y su discípulo—*scholar*—Venator, interviniendo también en ellos Arceps, un cazador, una pupilera, una lechera, Maudlin o sea Magdalena, Pedro y Coridón, pero por lo común no hablan más que el maestro y su discipu-

lo. Discurren acerca de la pesca a la caña y de los peces, truchas, barbos, salmones, tencas, etcétera, que con ella pueden lograrse y de sus costumbres y maneras de vivir. Y á modo de distracción se introducen ya reflexiones sobre el arte y sus encantos, ya poesías y versos que se refieran a él o al campo.

Digo el arte de la pesca a la caña, y arte, en su más elevada acepción, lo estima Walton, porque "el pescar a la caña es algo como la poesía, para la cual hay que nacer, quiero decir—añade,—con inclinaciones a ellas, aunque puedan luego realizarse ambas artes con discurso y práctica; pero el que espera llegar a ser buen pescador no debe sólo criar un ingenio inquisitivo, curioso y observador, sino que ha de criar además una buena medida de esperanza y paciencia, y amor y propensión al arte por sí mismo, pues una vez que lo ha logrado y practicado, no dude sino que la pesca a la caña le resultará tan grata, que habrá de resultarle ser, como la virtud, recompensa de sí misma". He aquí la doctrina del arte por el arte predicada por un clásico pescador de caña, y tan grande artista que la predica en el más dulce y musical inglés. Ya él lo sabía bien, pues Venator, el discípulo, dice una vez, en el primer día, a Piscator, el maestro, que su discurso, el de aquél, le parece música y le enhechiza la atención—*your discourse seems to be musick, and charms me to an attention.*

Y esta fe en sí mismo, o lo que es igual, en la dulcedumbre y musicalidad de su discurso, esta fe en sí mismo, ¿de dónde sino de su vida contemplativa de pescador de caña pudo cobrarla Isaac Walton?

Walton amaba la música, y al final de su diálogo del día cuarto incluye versos, los unos de Mr. Edmund Waller en elogio de ella. El espíritu mismo de Walton es un espíritu musical y el ritmo de su lenguaje y estilo obedece al ritmo de sus sentimientos. Porque de nada sirve querer cambiar los ritmos de la palabra, sea en prosa, sea más bien en verso, si continúa lo mismo el ritmo interior, el del flujo y reflujo del espíritu. A los latidos del corazón obedecen las cadencias de la voz, y el corazón de Walton más bien que latir fluía como las aguas mansas de los ríos en que vertió su arte. Así fluye su estilo.

Y ¿cómo no había de amar la música un espíritu contemplativo que se apacentó en la visión de tranquilas riberas, ya que es el paisaje en el reino de las formas visibles lo que la música en el reino de los sonidos? Un paisaje es una sinfonía a que concurren agua y tierra y aire y hasta fuego.

Trata Walton de aquella discusión de si la felicidad del hombre en este mundo ha de consistir antes en la contemplación o en la acción más bien. Y después de exponer Piscator, el maestro, que algunos se han pronunciado por aquella, por la contemplación, diciendo que

los mortales son tanto más felices cuanto más se acercan en imitar a Dios, y que Dios se recrea en sí mismo contemplando su propia infinitud, eternidad, poder, bondad y lo demás, y que por tal razón muchos enclaustrados de gran saber y devoción prefieren la contemplación a la acción, y muchos santos padres parecen aprobar esto, como aparece en sus comentarios a las palabras del salvador a Marta; después de esto expone cómo no faltan, por el contrario, hombres de igual autoridad y crédito que prefieren la acción como más excelente, diciendo que es también doctrinal y enseña arte y virtud a la vez, y mantiene la sociedad humana. Y añade Piscator, o sea el bueno de Walton, por su cuenta: "Respecto a las cuales dos opiniones no he de permitirme añadir una tercera, declarando la mía propia, sino que me he de contentar con decir, mi muy querido amigo, que ambas—contemplación y acción—se juntan y pertenecen lo más propiamente al honestísimo, ingenuo, tranquilo e inocente arte de pescar a la caña". Y ¿quién lo duda? ¿Quién duda de que el pescar a la caña se preste a la contemplación?

Sigamos oyendo a Walton, aunque sea en mi castellano y no en su inglés, que lo merece: "Y lo primero, he de decirlo lo que han observado algunos y he hallado ser una real verdad, y es que el sentarse tan sólo a la orilla del río es no sólo a el lugar más tranquilo y más apto para la contemplación, sino que ni-

vitaran a un pescador a ella; y esto parece que sustenta el docto Pedro du Moulin, que en su discurso sobre el cumplimiento de las profecías, observa que cuando Dios se proponía revelar a sus profetas algunos sucesos venideros o altas nociones, los llevaba o a desiertos o a la orilla del mar, para que, separándolos así de entre la apretura del pueblo y los negocios y los cuidados del mundo, pudiera poner sus aptitudes en tranquilo reposo, y hacerlos aptos para la revelación". Y luego cita aquella sentencia de nuestro Juan de Valdés, el famoso reformador español, autor del *Diálogo de las Lenguas*, el cual en su libro *Ciento diez consideraciones*, dice que los ríos y los habitantes del elemento líquido fueron hechos para que los contemplaran los sabios y pasaran sin considerarlos los necios.

Y así, visto el amor contemplativo que Walton profesaba al agua, así me explico la afición que a su librito tuvo aquel patriarca de los *lakistas* o laguistas, el dulce Wordsworth, el que cantó al río Duddon en treinta y cuatro sonetos imperecederos.

Sí, Dios hizo el mundo para los contemplativos, que no en vano se dijo que los mansos poseerán la tierra. Walton, hablando de las diversas especies de orugas y gusanos que pueden servir de carnaza o cebo a los peces, nos habla de esas "moscas, gusanos y criaturillas vivientes con que el sol y el verano adornan y embellecen las riberas y los prados,

para recreo y contemplación a la vez de nosotros los pescadores, placeres, de que creo —añade— gozo yo más que cualquiera otro que no sea de mi profesión”.

¿Y cómo no gozar de la contemplación junto a los ríos que van al mar como a la muerte van nuestras vidas?

*Laudato si, mi signore, per sor acqua,
la quale è multo utile et humele et pretiosa et casta,*

cantaba San Francisco. ¿Y qué mejor retiro para contemplar que junto a la hermana agua, que es muy útil y humilde y preciosa y casta?

¡Qué sabroso descanso el de sentarse a la orilla del río y a la sombra de un álamo, a dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma! Fluye la líquida masa tan compacta y unida que semeja titilante cristal inmóvil. Contemplándola discurrir así, apréndese la quietud que sustenta al curso de la vida, por agitado que éste sea, y el solemne reposo que del concierto de las carreras de los seres todos surge.

“No bañas dos veces tu pie en las mismas aguas al entrarlo en un río”, dijo Heráclito, y en esas aguas, sin embargo, siempre distintas y la misma agua siempre, en esas aguas se reflejan temblorosos los álamos marginales, fijos al terruño en que nacieron. No se llevan las aguas su imagen, sino que en el limpio

cristal de las vivas linfas parecen vivir los árboles, temblando en ellas. Y cuando el viento otoñal les quita sus amarillas hojas, caen éstas al río provocándole a dulce sonrisa de ondulantes círculos, y se van lejos, muy lejos de la paterna rama, a servir tal vez de mantillo a otros lejanos álamos de la misma orilla, a perderse en el mar más de seguro.

Tan sólo turba la serena marcha del río algún ave que, rozándole con el ala mientras nada por el aire, pica de paso el pellejo de las aguas, o algún pez que, desde el seno líquido en que revolotea, sube a picar también el pellejo del río, pues siempre hay una sobrehaz común a aves y a peces. El sol riela las aguas que el viento al acariciarlas riza, y les saca plateados reflejos, provocando cadenciosa danza de luminosas lentejuelas. Diríase que el río, larga serpiente dormida en la ribera, tiembla con escalofríos de gozo al calor que el sol le presta y hace brillar así sus escamas de plata.

¡Qué sabroso descanso el de sentarse a orillas del río y a la sombra de un álamo, a dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma!

Vemos en las aguas retratado el cielo y cuando está quieto el río parece que la azul inmensidad se continúa debajo de él y que es la tierra firme verde capa tendida en los celestes campos. Cruzan las nubes por encima y por

debajo de ella. Y suele suceder entonces que va poco a poco convirtiéndose nuestra quietud en aparente marcha, opuesta a la del curso fluvial. Lo sabe bien el pescador que tiene al corcho por hito de su mirada. Y es como si bogáramos en flotante isla sobre el mar azul del cielo. Y como a la par que nos sentimos arrastrados, nos damos cuenta de nuestra quietud, sentimos la esencia del dicho aquel del pensador que más adentro buceó en las aguas de la razón humana, del más grande pescador de ideas, el que dijo: sólo es siempre estable la inestabilidad.

A la orilla del río van invadiendo al alma dulcemente y gota a gota las profundas aguas, hasta que le bañan las espirituales entrañas, distendiéndoselas, le gana una laxitud deleitosa, y a cada uno de los ligeros movimientos con que se desperezan las potencias y sentidos, la confortante frescura que la empa despéjala del irritante cosquilleo de las inquietudes cotidianas. ¡Dulce ablución íntima! ¡Recogido lavatorio del alma! Las imágenes y pensamientos se templan tomando apacible y apagado tono; gustamos la sensación pura de la vida y nuestras alegrías se purifican también.

Tendido junto a un río, dejándose adormecer por las aguas, se llega a algo que es como paladear la vida misma, la vida desnuda; se llega a un gozar de las rítmicas palpitaciones de las entrañas, del incesante fluir del río de

la sangre en nuestras venas. Mientras decae^x la inteligencia adormecida sentimos el nutrido concierto de las energías de nuestro organismo, y entonces es cuando se percibe algo de lo que podríamos llamar la música del cuerpo, con tanta razón como los pitagóricos llamaban música de las esferas al concierto de los astros. La contemplación del quieto fluir del río nos lava de la sucia costra de los cotidianos afanes, y limpia y monda el alma, respira a sus anchas, por sus poros todos, la serenidad augusta de la naturaleza. Libértados de la obsesión de la vida, gozamos de ésta como sus dueños, sin sufrirla como esclavos suyos. Entonces es cuando se aspira el perfume de aquella divina sentencia de que basta a cada día su malicia.

¡Recatada sabiduría la que por el filtro de sutil embebecimiento va posándose en el cauce del río de nuestra alma! En ella se templan las alegrías y se disipan las penas, poniéndose todo de acuerdo con la serenidad de la naturaleza.

Contábame una vez un padre que había perdido un hijo idolatrado cuando más fruto prometían las flores recién abiertas del espíritu de éste, que el bálsamo más apaciguador, el unguento más sedante para la herida de su corazón paterno, era irse a la orilla del río, a contemplar embebecido, durante horas muertas, el reflejo de los álamos en el claro crista de las aguas. En aquella escuela de resigna-

ción y de calma, ganado por el agua, lavaba sus penas, purgándolas de la sucia costra bajo la que se cicatrizaba la herida, y quedándose con lo insoluble de ella, con la esperanza de consuelo final, esperanza siempre fija bajo el incesante fluir de sus entristecedores recuerdos.

El agua, pues, purifica al alma; al alma del hombre y a la de la naturaleza. El agua da vida al paisaje. "No hay paisaje feo con agua", me dijo una dama.

El agua amansa, y el que ha tomado la vera de las aguas por escuela de contemplación, se hará manso, y como tal, poseerá la tierra, y ésta será de él. Se hará manso como el pescador de caña, y como éste, será feliz. Y me parece que debemos volver ya a nuestro Walton, al cual dejé un rato pescando, allá en la eternidad, distraído con mis propios pensamientos y a la pesca de ellos, que volvamos, digo, a Walton; el cual nos dice que "no hay vida tan feliz y tan alegre como la del pescador de caña que se gobierna bien; porque cuando el abogado está abrumado por los negocios, y el hombre de Estado tramando o desbaratando intrigas, entonces nosotros —los pescadores de caña,—nos sentamos en macizos de primaveras, oímos cantar a los pájaros y nos poseemos a nosotros mismos en tanta quietud como la de estas silenciosas corrientes argenteas que vemos deslizarse tan quedamente a nuestra vera". Y añade el *be-*

nigno sabio, maese Piscator: "La verdad es, mi querido discípulo, que podemos decir de la pesca a la caña, lo que el Dr. Boteler dijo de las fresas, que "sin duda pudo hacer Dios frutas más ricas, pero que sin duda no las hizo "Dios jamás"; y así, si se me deja ser juez, jamás hizo Dios recreo más tranquilo, sosegado e inocente, que la pesca a la caña."

En recreo tan tranquilo, sosegado e inocente, contemplando al corcho en medio del agua o al agua en derredor del corcho, se hace el pescador contemplativo y manso, y de los mansos y contemplativos es la tierra.

Y aquí viene una de las más dulces y consoladoras doctrinas del dulce y consolador Walton, y es aquella en que establece que ver es poseer.

Oigámosle por boca de Venator, cuando en el cuarto día de sus diálogos dice: "Déjeme, maestro, que le diga que durante aquella hora en que estuvísteis ausente de mí, me senté al pie de un sauce y a orilla del agua, y pensé lo que me dijísteis del dueño de aquella alegre pradera en que me dejásteis entonces; que tenía grandes haciendas, y no corazón para pensar así; que estaba ahora pendiente de varios pleitos, y que ambas cosas enturbiaban su gozo y le quitaban tanto tiempo y pensamientos, que no le quedaba ocio para cobrar el dulce contento que cobraba de sus campos yo, que no pretendo tener derecho a ellos; porque yo puedo sentarme aquí tranquila-

mente, y mirando al agua, ver cómo juegan unos peces en la argentada corriente, mientras saltan otros a caza de moscas de todas formas y colores; mirando a las colinas, puedo verlas moteadas de matorrales y sotos; bajando mi vista a las praderas, descubro aquí un niño recogiendo a zucenas y flores de cuco, y allá a una moza reuniendo cardaminas y primaveras para hacer ramilletes propios de este mes de Mayo; éstas y muchas otras flores silvestres perfuman de tal modo el aire, que creo es esta pradera como aquel campo de Sicilia de que habla Diodoro, donde los perfumes que se exhalaban del suelo hacían que los perros de caza marraran, perdiendo su mejor seguido rastro. Digo, pues, que mientras estaba así gozándome en mi propia feliz condición y compadeciendo a ese pobre rico que posee este y otros amenos prados y sotos que me rodean, recordé agradecido lo que dijo mi Salvador de que los mansos poseerán la tierra, o más bien, que gozarán de lo que otros poseen y no gozan, porque los pescadores y los hombres mansos y tranquilos están libres de esos altos e inquietadores pensamientos que corroen las dulzuras de la vida....”

Esta mansedumbre, tan lejana de la austera acometividad de los *roundheads* o motilonos puritanos de la época de Walton—que fué contemporáneo de Cromwel—esta mansedumbre llenaba a nuestro hombre de alegría, de una

alegría reposada y serena, y de esta alegría nació su religiosidad.

Walton fué, en aquella agitada sociedad en que luchaba Cromwell, un espíritu humano y no puritanescamente religioso; conservó, como otros, el espíritu humano y humanizante de la época isabeliana (*elizabethan*); tuvo la religiosidad de nuestro maestro León, sin otra diferencia que la de tener la de éste algo más de horaciano y la de aquél de virgiliano.

Wordsworth dice que del "dulce libro" de Walton, se desprende *alegre piedad — glad-some piety*, — y esto es lo cierto.

Al concluir sus diálogos, y después de haber explicado Piscator a su discípulo cómo hay que pintar la caña y hacer el torzal, y faltándoles una milla para llegar a la cruz del camino de Tottenham, quiere, a la fresca sombra de un seto, mencionarle algunos de los pensamientos y gozos que poseyeron su alma desde que se encontraron. Y entonces le pide que se una a él para dar gracias a Dios por cada bien y perfecto dón, por su felicidad. Y para que viera que su felicidad era la mayor, le recuerda a los que sufren de unas y otras enfermedades, de que ellos se veían libres, siendo una nueva merced cada miseria de que estaban libres, y le recuerda a los atormentados por una conciencia culpable. Y le habla de los ricos, que darían lo más de su fortuna para estar sanos y alegres como ellos estaban, que, con gasto de poco dinero, comían, bebían,

reían, pescaban, cantaban y dormían a pierna suelta, “bendiciones que los ricos no pueden comprar con todo su dinero”. Es evidente; los placeres más exquisitos son los más baratos; y yo puedo decir, en el espíritu de Walton, que una peseta mía vale lo que treinta pesetas de muchos que disfrutaban de una renta treinta veces mayor que mi salario. Y añade Piscator: “Deja que os diga, discípulo, que tengo un rico vecino que está siempre tan atareado, que no le queda tiempo de reirse; el negocio todo de su vida es ganar dinero y más dinero, para ganarlo más y más”. ¿Les quedaba tiempo de reirse, o cuando menos de pescar a la caña, a los motilones de Cromwell, que empleaban la vida en ganar gracia y más gracia divina, atormentándose con el cuidado de la propia justificación? Y sigue Walton pidiendo a Dios que le libre también de la acerba pobreza como de la absorbente riqueza, porque el rico, como el gusano de seda, “cuando parece trabajar, está hilando sus propias entrañas y consumiéndose.”

Y aquí trae Piscator aquello de Diógenes cuando fué, con un amigo, a ver una feria, donde vió cintas y espejos, y cascanueces y violines, y muñecas y otros mil cachivaches, y habiéndolos examinado y todo lo más que hace una feria, dijo a su amigo: “¡Señor! ¡Cuántas cosas hay en este mundo de las que no necesita Diógenes!” Nadie puede quejarse —añade Walton— de que Dios no le haya da-

do bastante para hacer feliz su vida. “Y, sin embargo, apenas hallaréis quien no se queje de que le falta algo, aunque en realidad no le falte más que su voluntad; acaso no más que la voluntad de su propio vecino, por no venerarle o adularle; y así, cuando podemos ser felices y tranquilos, nos creamos inquietudes”. Y pasa Walton a poner ejemplos de personas que se crean inquietudes. ¿No estaban allí, a su vista, aquellos sombríos puritanos que, en vez de dar las gracias a Dios cada mañana por el dón de la vida, estaban de continuo preguntándole a solas si les justificaba o no? Walton se atiene a lo de que los mansos pescadores de caña, y no los violentos motilones puritanos, poseerán la tierra. Quiere el hombre que posea lo que tenga con mansa y resignada tranquilidad, “una tranquilidad tal que haga sus sueños mismos gratos a Dios y a sí mismo.”

David—añade Walton—aunque reo de asesinato y adulterio y de otros muchos pecados mortales, se dijo que era un hombre según el corazón de Dios, porque abundó en gratitud más que cualquier otro que se mencione en las Sagradas Escrituras, como se ve en los salmos, en que se mezclan confesión de sus pecados e indignidad y agradecimiento por el perdón y las mercedes de Dios. Y excita Piscator a su compañero a que den gracias a Dios por las más menudas bendiciones, y entre ellas por “el inocente placer y distracción que tuvi-

mos desde que nos juntamos". Y sigue exhortándole a dar gracias a Dios por la vista de aquellos amenos ríos, y prados y flores y fuentes; pues ¿qué no daría un ciego por verlos? Y ya cerca de la cruz del camino de Totteham, donde debía acabar su paseo y su discurso, lo resume diciendo a su discípulo que trató con él de imbuirle el que trabajara para poseer su propia alma; esto es, un corazón manso y agradecido—*a meek and thankful heart*;—y que se esfuerce por ser u "honradamente rico, o resignadamente pobre" *honestly rich, or contentedly poor*.—¡Cuán lejos estamos del consejo de aquel descendiente de puritanos que decía a su hijo: hijo mío, haz dinero honradamente, si puedes, pero haz dinero—*my son, make money honestly if you can, but make money!*—Walton pedía una buena conciencia, supongo que no atormentada por la inquietud de la propia justificación, sino una conciencia agradecida; luego salud, y, por último, en cuanto al dinero, que puede decirse es la tercera bendición, "no lo despreciéis; pero notad que no hay necesidad de ser rico".

Contéstale su discípulo, Venator, y recuerda lo de los lirios y las aves evangélicas, no sólo criados, sino mantenidas "por la bondad del Dios de la naturaleza"—*by the goodness of the Good of Nature*.—Y aquí está el toque de la religiosidad de Walton, en que su Dios fué el Dios de la Naturaleza más que el Dios de los hombres, y de los hombres de su país y de su

tiempo; y le agradeció el que le hiciese criatura viviente, y por vivir y respirar le da las gracias, sin inquietarse demasiado de la propia justificación.

Y termina el dulce libro diciendo Piscator: "Y sobre todo, seamos amantes de la virtud y atrevámonos a confiar en su Providencia, y seamos tranquilos y vayamos a pescar a la caña.

Procura ser tranquilo."

He aquí un hombre para el cual, de seguro, lejos de no haber nada nuevo bajo el sol—*nihil novum sub sole*,—sería todo bajo él nuevo—*omnia nova sub sole*,—y la vida un continuado nacimiento, pues tal es lo que siente un "corazón manso y agradecido". En aquella época de violentas luchas en su país, cuando la Religión se extendía bélicamente, cual un combate, para Walton fué paz y agradecimiento al Dios de la Naturaleza. Mientras Cromwell y los suyos combatían en Marston Moor, Naseby y Dumber, el manso pescador de caña, aescararía truchas en el espadañoso Lee o en el arroyo de Shawford, dando gracias a Dios por la merced de dejarle contemplar las riberas sembradas de flores. Su piedad fué, como dijo Wordsworth, una "piedad alegre"—*gladsome piety*—hija de salud, de buena conciencia y de resignada *aurea mediocritas*, de la riqueza que se contenta con ver. Amaba las distracciones que no hacen que se

miren unos a otros los amigos avergonzados a la mañana siguiente, según él mismo nos lo dice.

Su alegre piedad, su dulce mansedumbre, le da una gracia especial, un fino humorismo, de que se encuentra lleno su libro. Baste recordar, además de algo de lo ya citado, aquella vez en que, al romper una trucha la cuerda y exclamar Piscator: "ay, lo ha roto todo; queda media cuerda y he perdido un buen anzuelo", y contestar Venator: "sí, y también una buena trucha!", replica aquél: "no, no se ha perdido la trucha, porque os ruego tengais en cuenta que nadie puede perder lo que jamás tuvo". Y el lindísimo cuento de los dos predicadores que trae Piscator a cuento al observar Venator que no puede pescar ni con su caña ni con la del otro; y es cuento en que se cuenta cómo un predicador gustó mucho con un sermón, y se lo prestó a otro, y este otro no gustó con el mismo sermón, y al quejarse de ello, le contestó aquél: "Yo te presté mi violín, pero no mi arco; porque has de saber que no cualquiera puede hacer música con mis palabras, que están hechas para mi propia boca". Y aquello de las cañas que pescan solas mientras los pescadores se retiran a ses-tear, porque las cañas son como dinero puesto a rédito, que crece, aunque no hagamos nada sino charlar y divertirnos. Y lo que dice Lebault, que las ranas ofrecen un buen man-jar, especialmente en algunos meses, si están

gordas; ‘pero habéis de notar—observa Piscator—que es un francés, y nosotros, los ingleses, a duras penas le creeremos, aunque sepamos que se come ranas usualmente en su país’. Y lo que del buen pescador dice y otras mil cosas.

A mí, que soy de Bilbao, me ha interesado muy mucho lo que el bueno de Walton dice de las angulas, llamadas en el Severn *yelvers*. Leyéndolo recordé los años de mi infancia, en que más de una vez fuí a orilla del Nervión a ver a los anguleros, en las frías noches de invierno, tener su linterna para atraer al reflejo de su luz a las angulas, y pasar luego el cedazo por debajo de éstas. Y aquello que cantábamos de

Con la linterna,
Con el farol,
Anguleros, anguleros,
Tengáis valor,

en que el primer verso debió decir “con el cedazo” o “con el botrino”, para no haber redundancia. Mas aquellos pobres anguleros, ¡qué poco contemplativos eran! ¡Y qué poco mansos y resignados, sobre todo si desde el pretil de la ría les echábamos alguna chinita al agua para ahuyentar a las angulas! Pero ¿cómo iban a ser contemplativos pescando en noches de invierno y para ganarse el pan, y no en tardes de Mayo, a la sombra de un sauce y por amor al arte? No a todos les es dado, como a Walton, elevar la pesca a la caña a

bella arte, que, como la poesía y la virtud, lleve en sí misma su recompensa, y sacar de ese honestísimo, ingénuo, tranquilo e inocente arte un corazón manso y agradecido al Dios de la Naturaleza.

* * *

Aunque sé que se han escrito en Inglaterra estudios sobre Isaac Walton, entre ellos el de Andrew Lang, el conocido y fecundísimo escritor, que entre sus muchas y diversas obras —sobre María Stuardo, Jacobo VI, de magio y la religión, la costumbre y el mito, la mitología moderna, la formación de la religión, Homero y la épica, una novela de un monje de tiempo de Juana de Arco, cartas a autores muertos, el libro de los sueños y los espíritus, etc., etc.—tiene unos "Bosquejos de la pesca a la caña" *Angling Sketches*, aunque sé de tales estudios, no he querido esperar a leerlos antes de publicar esto. Un libro es hijo de su autor y de un país y de una época dadas, y es fructuoso estudio el de estudiar el libro como producto del tiempo y del país y del autor que lo produjeron. Pero un libro, sobre todo si entra en el caudal perenne de la literatura universal, o merece entrar en él, una vez dado al público, no es ni de su autor ni de la época y país en que se produjo, sino de todo el que lo lea y de las épocas y los países todos. Así he tomado a *El perfecto pescador de caña* de Isaac Walton.

MIGUEL DE UNAMUNO,

(*La Lectura*. Madrid.)

LOS SINCEROS

DESCONFIEMOS de los sinceros que se ofrecen. No vale la pena creer en estas personas de virtud ostensible. Los hombres sinceros, como los honestos, constituyen una especie obligada a ceñirse a los límites de una normalidad escasamente visible. La sinceridad es una virtud discreta, una dote orgánica, tal la función de cualquiera víscera que cumple su mandato a entera satisfacción: un estómago o un hígado excelentes. Pero así como éstos llenan su cometido en el hermético silencio de sus dominios, la sinceridad, por causales de orden terrestre, se empeña en destacarse como decorativo atributo de lucimiento, perdiendo en ello el oculto encanto que debiera ser su diferencial característica. Ni siquiera los momentos extremos de la vida obligan a la absoluta sinceridad. En la confianza inevitable o indispensable, dispuestos a la entrega total, retenemos en el fondo la última palabra, de la que nos queremos hacer gracia, so pena de perder la póstuma gota de esencia; y todos, ungidos de sincera intención, acudimos a la cita con una, con dos, con tres mentiras muy pulidas que nos

resguardarán de una imaginaria celada o de una imprevista emergencia.

No he visto la sinceridad pura y desnuda. La veo a cada paso como recurso ocasional. Nadie es definitivamente sincero, ni nadie quiere, ni nadie puede serlo. La sinceridad es una perfección espiritual inasequible; cuando menos es cara. Goza, sin embargo, de una popularidad digna de mejor estima; cualquiera, temporaria o crónicamente, se inviste de su ropaje y vive a su abrigo. Con persistir, se aspira a la consideración de los otros, a la simpatía, al afecto y a las veces, al respeto mismo, y hasta cuando se siente serlo, por un proceso cualquiera, se perdonan las taras deprimentes y hasta se excusan las denigrantes. La humanidad, en su inconsistencia de abstracción, se entretiene en compaginar los requisitos que demanda a sus componentes para tolerarlos-amarlos o admirarlos. Entre éstos, como elemento muy de su agrado exige la presencia inequívoca de la sinceridad; y como para que ésta tome cuerpo, basta una simple resolución afirmativa, la gente, buena o mala, asegura su condición al solo presentarse sobre la corteza que pisa vestida de sincera. Como se ve, o como yo veo, este ornamento tiene un valor constante; casi es un tesoro en poder de la gente hábil y de la que no lo es. Quienquiera mejora sus atributos, y los muda si se da el caso, con untarles un poco de since-

ridad al punto de ponerlos en vigencia, aunque no colija bien qué cosa es esta que se ostenta con cierta rigidez estática, ni le interesa presumir siquiera en qué consiste esta gracia suprema de sentir y resolver la vida bajo sus decantados auspicios.

A fuer de sincero se dice lo que se quiere, como si al poner las palabras en circulación bastase a sus respetos el haberlas lanzado sinceramente, aunque resulte que lo dicho no tenga de verdad sino la mala fuente; el resto, la intención y la envoltura van por cuenta de la noble modalidad espiritual. Así el sabio y el que no lo es se aproximan, se tocan, se funden, diciendo cosas graves el uno y sandeces el otro, amparados ambos en un propósito común de franco y sincero consentimiento. Así el infeliz vive infelizmente; es infeliz con entera libertad, con saludable resignación, casi complacido de serlo: lo dice, lo propala, lo proclama hasta donde cuadra a su infeliz sinceridad. Todos lo comprenden, y a fuerza de comprenderlo, llegan a excusarlo y de tanto excusarlo acaban por desposeerlo de su dicha mejorándole sensiblemente de ubicación y de destino. Ya es feliz, porque sin serlo, ha tenido el buen tino de sincerar su infortunio hasta darle el valor de una cantidad positiva.

El audaz tiene la arremetida desvergonzada e insolente; para sus propósitos de ataque, toda

arma es buena, hasta las envenenadas; su programa consiste apenas en atropellar las personas, las ideas y los objetos al alcance de sus necesidades. Ya sabemos cuán eficaz es el proceder en determinados países y circunstancias, y con qué pastosa tolerancia se les consiente los estrujones y los codazos. Su audacia late con infatigable actividad, tal una condición justificada y lícita o un *modus vivendi* tan respetable como cualquiera de los consagrados. Es porque una suprema virtud le ampara, le defiende, le perdona. Si arremete, lo hace con el frontal al aire, para que se lo vean lustroso; si estruja, va mostrando el modelado ampuloso de los biceps; si ofende, lanza tamaños gritos para atestiguar la tonicidad de sus cuerdas vocales; si ataca, se viene con un machete o una pistola para que nadie dude del temple de sus argumentos, por los cuales argumentos, siendo impúdico y desfachatado, aparece ante el mundo como un sujeto sencillamente arrogante. Es audaz, pero lo es con braveza, con frescura. No oculta su descaro, que llama decoro, ni disimula sus manejos que simulan recursos, ni finge finezas de que carece, ni se disfraza de medido. Es un sincerísimo atropellador, sincerísimo a carta cabal. Cuando se arroja lo hace con plena conciencia física de su temeridad y lo canta claro, como si se tratase de una lección. Cuando procede, procede; cuando lastima, lastima;

cuando despoja, despoja. Por cuyas razones hay que admirarle, pues que va siempre investido de augusta sinceridad.

Los sinceros son temibles. Si cretinos, nos aturden con la pertinacia de su alta dote. Nos dicen las tonteras que elaboran en el gallinero de su entendimiento, imponiéndonos la obligación de escucharlos con atención en homenaje a la austeridad con que las emiten. Las estulteces cobran visos de cosas trascendentales, precisas, geométricas; las vulgaridades parecen como axiomáticas sentencias y los errores toman la recóndita esencia de los dogmas. Si charlatanes, el volátil palabreo se reviste de jactanciosa calidad, pues que siendo la verborragia tan solo un modo bucal, en nada amengua la dignísima intención, toda cordura, toda franqueza, toda sinceridad. El pintarrajeado "macaneo", tan caro a los afectados de esta dolencia honorable, tórnase en escipiente que diluye y edulcora el amargor propio de estos hombres que usan la rectitud a entera disposición de los oyentes, o la lanzan a cualquier viento, o la abandonan sobre un mueble inmediato o se olvidan de ella en el último solo del club. Si graves y cavilosos, la lengua sólo funciona para poner en evidencia la solemnidad característica; el silencio es su fruto, no reconociendo el hermetismo otra causal, que la imposición de no decir sino aquello que nace en el núcleo mismo de la

entraña; de no acusar otro sentir que el verdadero; de no malograr en vanas palabras lo que es jugo prensado de verdad indestructible. Y si en el charlatán el propósito es eximio, aunque el decorado exceda, anímanse en el taciturno ambos factores en un común anhelo de sentir y hablar con la sinceridad digna de un ínclito varón. Si docto, ha menester poner su sabiduría bajo el ala de la sinceridad como parapetándola en su olímpica grandeza; preciso es que muestre su ciencia enancada en la recta probidad del hombre de bien; que sus teorías, sus afirmaciones y sus postulados tengan la pétrea resistencia de la fe, una fe profunda como un pozo, arraigada como un árbol viejo, sincera como la luz del mediodía. Si ignorante y adocenado, la vaciedad de su mundo será dolorosa como todo lo desierto, pero llevará colgada a manera de enseña expiatoria la consigna de su honesta sinceridad, toda bondadosa, toda piadosa, toda misericordiosa. Si médico, si guerrero, si artista...

Ha llegado un merecido descanso para los puros de intención. Ya han acudido sus primos los sinceros a proveer de adoquines las avenidas del infierno.

ENRIQUE PRINS

(*La Neta*. Buenos Aires)

RESPUESTAS *

1ª *¿Cuál considera usted la mayor necesidad nacional en el presente?*

Formar un criterio moral acerca de la propia conducta y disciplinar los tres valores de la voluntad: decisión, previsión y perseverancia.

2ª *¿Cuál ley cree usted que urge más dictar?*

Una ley sobre justicia rápida y sin costo, que garantice al bueno y proteja la actividad sana y fecunda.

3ª *¿Qué autor o libro recomienda usted a los argentinos como el que mayormente desea usted que lean?*

"La Política Espiritual", del doctor J. V. González.

4ª *¿Qué deporte prefiere usted para su pueblo?*

El deporte agrícola. Consagrar las horas de football y lawn-tennis a los cultivos del jardín, de la huerta y de la chacra.

5ª *¿Qué obra, descubrimiento o invención realizados en el país en los últimos veinte años, reputa usted más útil?*

El descubrimiento de las minas petrolíferas de Rivadavia, la obra de Ameghino y la creación de las escuelas industriales.

* Entre muchas, tres de las respuestas dadas hace poco por argentinos distinguidos a *Mundo Argentino*, revista de Buenos Aires.

6ª *¿Qué orientación para sus energías señalaría usted a la juventud argentina?*

La que le aconseje su temperamento y sus inclinaciones guiados por un sano propósito, porque la Argentina ofrece fértil campo a todas las actividades.

7ª *¿Puede usted sintetizar un juicio sobre el actual sistema de educación pública nacional?*

Siendo bueno, hay en él, más aspiraciones que realidad; porque los edificios son deficientes, sin salas ni laboratorios organizados; exceso de alumnos, clases desniveladas, labor excesiva del maestro y preocupados más del analfabetismo que del criterio que debe formarse en cada argentino.

8ª *¿En qué consiste para usted el perfeccionamiento de la mujer?*

En su salud, su belleza y su cultura consagradas a la prole. Una mujer enferma, fea e inculta no debiera tener hijos.

9ª *¿Comparte usted las esperanzas y los ideales de los que quieren que América sea la cuna de la fraternidad humana?*

Comparto y de ello estoy, por muchas razones, convencido.

10ª *¿Qué medio le parece más eficaz y expeditivo para mejorar la vida?*

Realizar el matrimonio según principios rigurosos de selección, difundiendo, mediante la escuela, el colegio y la universidad, las doctrinas eugénicas.

VICTOR MERCANTE.

1ª *¿Cuál considera usted la mayor necesidad nacional en el presente?*

Que haya hombres de carácter.

2ª *¿Cuál ley cree usted que urge más dictar?*

Diría que la ley de divorcio, a no ser todavía más urgente dictar leyes que velen por la niñez desvalida.

3ª *¿Qué autor o libro recomienda usted a los argentinos como el que mayormente desea usted que lean?*

Todos, menos la novelucha pornográfica.

4ª *¿Qué deporte prefiere usted para su pueblo?*

El remo. Es el ejercicio más bello, más noble y mas sano.

5ª *¿Qué obra, descubrimiento o invención realizados en el país en los últimos veinte años, reputa usted más útil?*

La creación de la Universidad de La Plata.

6ª *¿Qué orientación para sus energías señalaría usted a la juventud argentina?*

La agricultura.

7ª *¿Puede usted sintetizar un juicio sobre el actual sistema de educación pública nacional?*

Sobra "pedagogía" en las escuelas primarias. Los colegios nacionales padecen el mal de los planes efímeros. En las universidades falta ideal.

8ª *¿En qué consiste para usted el perfeccionamiento de la mujer?*

En que viva en su casa.

9ª *¿Comparte usted las esperanzas y los ideales de los que quieren que América sea la cuna de la fraternidad humana?*

Sí.

10.^a *¿Qué medio le parece más eficaz y expeditivo para mejorar la vida?*

La aplicación del sistema de Henry George.

ARTURO CAPDEVILA.

1.^a *¿Cuál considera usted la mayor necesidad nacional en el presente?*

Recibiendo a diario el aluvión humano, necesitamos imperiosamente la fuerza de cohesión, para formar el alma nacional.

2.^a *¿Cuál ley cree usted que urge más dictar?*

Leyes que dignifiquen el trabajo y graven el privilegio, sin las cuales no será posible una verdadera democracia.

3.^a *¿Qué autor o libro recomienda usted a los argentinos como el que mayormente desea usted que lean?*

Todo el que hable a la juventud, de cosas nobles y elevadas, de cosas del espíritu, para que nuestro pueblo no se convierta en Sidón o en Cartago.

4.^a *¿Qué deporte prefiere usted para su pueblo?*

El que haga fuertes a los hombres, sin deformarlos.

5.^a *¿Qué obra, descubrimiento o invención realizadas en el país en los últimos veinte años, reputa usted más útil?*

La obra de transformación en los procedimientos y prácticas políticos, que ha permitido reemplazar una política subalterna por otra más amplia, basada en la interpretación

objetiva de los fenómenos y que resolverá los graves problemas económicos surgidos de las nuevas condiciones de hecho.

6ª *¿Qué orientación para sus energías señalaría usted a la juventud argentina?*

La agricultura, que dignificará a la juventud y engrandecerá a la patria.

7ª *¿Puede usted sintetizar un juicio sobre el actual sistema de educación pública nacional?*

Si lo juzgamos por sus resultados, es evidentemente malo.

8ª *¿En qué consiste para usted el perfeccionamiento de la mujer?*

En su belleza y en su bondad.

9ª *¿Comparte usted las esperanzas y los ideales de los que quieren que América sea la cuna de la fraternidad humana?*

Si eso es posible, anhelo ardientemente para América ese hermoso destino.

10ª *¿Qué medio le parece más eficaz y expeditivo para mejorar la vida?*

Para mejorarla moralmente, enseñar la virtud de la tolerancia. Ella amplía el pensamiento y hace más buenos a los hombres.

ALFREDO L. PALACIOS.



FUTURO

Y acontecerá en lo postrero de los tiempos que el monte de la casa de Jehová será coronado por cabeza de los montes.

Y trocarán sus espadas en azadones y sus lanzas en hoces. No alzará más espada nación contra nación ni se ensayarán más para la guerra.

ISAÍAS.

Un gran pueblo se acerca, un gran pueblo que
viene

del misterioso abismo de los siglos futuros.

Sus hombres, pensativos, vuelven de la victoria;
sus pasos son triunfales y seguros
en el umbral de la solemne Historia.

¿Es en Europa? ¿Son los radiantes
coraceros de Francia, o los hulanos ligeros?

¿Traen las resonantes
armas de los hermanos de Lohengrin?

¿O son los hijos de la Rusia helada,
rencorosos y fieros?

¿O es la convulsa tierra atormentada
a la férvida vista

del día: Anáhuac? ¿Toda la América, agitada
por viejo mal de sol y de conquista?

Es un pueblo venturo,
un gran pueblo sin nombre, que piensa en Dios,
y Él solo sabe el siglo
de su esplendor futuro.

Mucha había sido el hambre y la sed de ideal
y ya no había
para los hombres pan ni libro;
la fiera humana tuvo su postrero y bestial
dolor, y, para morir para siempre,
saltó del fondo tétrico
de su cueva ancestral.

Después... ¡ Lauros invictos, lauros de la epo-
peya,

broncíneo canto
de las épicas dianas!
Atrás quedó la muerte, la sangre vertida,
el fuego, el espanto
trágico del heroísmo;
también el odio, el llanto,
la iniquidad y el sórdido egoísmo...

Y atrás, la madre Tierra sublimemente calla,
sublimemente piensa, sosteniendo a los muertos,
a los solemnes muertos de la última batalla.

LEOPOLDO DE LA ROSA

1915

(*El Figaro*. Habana.)

¡POBRE FULLER!

Como súbditos que son de la fantasía y del ensueño, los poetas suelen asociar la naturaleza a nuestras penas y a nuestras dichas. "Hoy el cielo y la tierra me sonríen," decía Bécquer al consagrar en una estrofa alguna feliz coincidencia de la luz interna con la externa; para Byron las frondas del bosque de los Ardenes, sufrían al ver pasar bajo su sombra a los regimientos que acudían a la batalla que habría de llamarse Waterloo. Byron, empero, no estaba seguro:

"And Ardennes waves above them her green leaves,
Dewy with nature's tear-drops, as they pass,
Grieving, if aught inanimate e'er grieves,
Over the unreturning brave,—alas!
Ere evening to be trodden like the grass
Which now beneath them, but above shall grow
In its next verdure, when this fiery mass
Of living valour, rolling on the foe
And burning with high hope, shall moulder cold and low." *

Sólo hay en este modo de ver las cosas nuestra ansia de simpatía, más honda en el dolor que en la felicidad. Así lo veía Nuñez de Arce:

* Y el bosque de los Ardenes, sacude sobre ellos sus verdes frondas, empapadas con el rocío, como de lágrimas de la naturaleza, compadecido —si es que las cosas sin alma jamás sienten compasión— por los bravos que pasan para no volver, que a la tarde ya estarán pisoteados como esa yerba, esa yerba que ahora crece bajo sus plantas y que al reverdecer cubrirá sus cuerpos, cuando esta masa palpitante de valor, que rueda hacia el enemigo, ardiendo en altas esperanzas, yazga fría e inanimada.—(*Childe Harold*, Canto III.)

“Cuando a desatarse empieza
La tempestad en el alma,
¡Qué insoportable es tu calma,
Oh, madre naturaleza!”

Este otoño trágico ha sido todo tibia luz y suaves caricias en Inglaterra. Al regresar del trópico incendiado y enervante, me envolvió en su frescura y consoló mis ojos, martirizados por el sol implacable de Julio, en la querida tierra cubana.

En campos, huertos y labranzas, mieses y frutos habían vuelto esplendorosos, los bosque se vestían de todos los colores y en los jardines, además de las rosas de otoño, muchas plantas, engañadas por la prolongación del buen tiempo, florecían, como si la primavera hubiera vuelto. Todavía, a fines de Octubre, escribo al aire libre, en este retiro campestre, entre altos robles y nogales. El césped está tan verde como en Mayo, y en el jardín hay rosas y crisantemas y dalias y otras flores azules y moradas y rojas, cuyos nombres no conozco. Reina una paz beatífica, y el Colne, buscando al Támesis, se desliza sin un murmullo al fondo del jardín, y refleja un cielo arrebolado, tan diáfano como lo pueden ser los cielos de estas latitudes.

Antes de irme para América, en Mayo pasado, me despedí de Fuller, segundo jardinero en este retiro. Era un chico fornido, de cara sonrosada, con dos ojos muy azules como violetas líquidas, con unas manazas duras de esgrimir la azada; tenía una sonrisa de niño, una inteligencia ordinaria y una dulzura y bondad humildes y raras. No había un palmo en esta propiedad que él no hubiera regado con el sudor de su frente, en le

huerto, en el jardín, en la labranza. No lo hallé al volver. ¿Y Fuller?, pregunté.—Sentó plaza. A los dos meses salió a campaña en Flandes, y a los pocos días le volaron la cabeza....

Si estas rosas y estas crisantemas lo supieran, si la naturaleza sintiera, no estallarían en aroma y en color.

¡Pobre Fuller! Sentí que alguien me estrangulaba. La guerra puso por un instante su garra en mi garganta. Y por estas carreteras pasan y han pasado todos los días y a todas horas, solos o en pequeños grupos, los compañeros de Fuller que van al matadero por centenares y por miles. "*The unreturning brave.*" Los bravos que no volverán. Y en todas las moradas vecinas y lejanas, señoriales o humildes, hay puestos vacíos, corazones de mujer torturados sin tregua de un instante, y ojos que lloran por esos que nunca volverán.

El otoño prosigue su marcha triunfal: Las aves ya emigraron hacia las tierras de la luz. De vez en cuando suena un fragor formidable de alas. Es un aeroplano de guerra que pasa y se pierde en el espacio.

HISPANO *

(*Hispania*. Londres.)

* Con este nombre suscribe las Notas Editoriales de *Hispania* su eminente Director, D. Santiago Pérez Triana.